

decía: Es el movimiento del Padre el que atrae hacia él á toda criatura inteligente y por eso mismo, hacia Jesús, realización bajo una forma humana del ideal de Dios.

¿Qué podeis vosotros, filósofos, con vuestros vanos sistemas, y vosotros políticos, con vuestras legislaciones efímeras, y vosotros, literatos, con vuestras fantasías, qué podeis vosotros sobre este fondo secreto é insondable, sobre esos movimientos del infinito y de la eternidad?

El hombre queda, á pesar de todas las influencias que en lo superficial puede alterarlo, atraído por el Padre. Y yo digo: Si el Padre nos atrae hacia lo bello, hacia lo bueno, hacia la perfección total, hacia lo absoluto sin velos, ¿á dónde me conducirá?

¿A Jesús Hijo de Dios? Sí, Señores, porque Jesús, Hijo de Dios, es la efusión del Padre, es la verdad expresada y manifiesta al infinito, la radiante belleza y el esplendor de Dios velado bajo la humilde carne del Hijo del hombre tras el cual el Hijo de Dios nos oculta su gloria.

Pero queda aún el sacrificio de esta personalidad estorbosa, tiránica, de que he hablado: ¿quién nos dará la fuerza de este sacrificio?

Aquí, yo os pido que conteis con el poder eterno que rodea á los individuos, á las familias, á las naciones, á las patrias, á las civilizaciones.

El Padre no se traduce solamente en la conciencia, sino por los grandes y pequeños acontecimientos de nuestra propia existencia y de nuestro mundo.

Los pequeños acontecimientos son aquellos que turban nuestro pequeño medio; los grandes son los que perturban á todo un país, á toda una civilización. En ellos reina y se imponen grandes leyes cuyo secreto está en Dios; en ellos se revela también al observador penetrante el trabajo del Padre, de la Providencia, para facilitarnos el sacrificio

cio de nosotros mismos, esta abnegación de la personalidad, sin la cual no existe la fe en Jesús y en su divinidad.

Llega una edad, Señores,—hablo de aquellos que viven por la inteligencia—en la que de grado ó por fuerza, la razón desengañada no cree más en su sistema. Supongo un maestro que ha adquirido renombre por haber enseñado el pesimismo, dejadlo pasar los cuarenta ó cincuenta años, su pesimismo será para él como un vestido usado y viejo que ya no se encuentra quien lo compre. Quizás no lo confesará; pero el advertido crítico lo adivina y no dejará de pregonarlo.

Ved ese materialista. Cuando llega á su última hora, ¿pensais que después de haber cansado á la opinión en fuerza de exaltar las virtudes de la materia, sus energías inteligentes, pensais que mira aún realmente á la materia como la última palabra de todo?

No, no se atrevería á afirmarlo; está desengañado, y si no lo está, lo compadezco. ¿Quién sabe lo que es la materia?

Ya lo veis, Señores, nuestra inteligencia es poca cosa; los más grandes, cuando llegan á la cima de su evolución, no creen en sí mismos. Y cuando están cansados, si no tuviesen al discípulo que viene á reanimar la opinión y á estimular al viejo maestro, ¡qué pronto se desplomaría el carcomido sistema de donde éste había obtenido tanta gloria! Pero el discípulo está allí: ¡Sosteneos, le dice, una palabra, una página, profetizad!

Pero, ¡ay! las palabras son huecas, las páginas frías y los oráculos no encuentran ya fé ni eco.

Y si la ilusión, caída sobre la conciencia del hombre que vive por el espíritu, se obstina, no tiene más que ver que la humanidad se aleja de él. Entonces, una inmensa tristeza le sobrecoge; ¿que cosa es la gloria, qué la opinión. El las desdeña al fin; una vanidad más que se va.

Los que viven por el sentimiento son más fáciles de desengañar, porque es más fácil conmover el corazón que la inteligencia: el corazón no está resguardado más que por algunas costillas y entre las costillas no hay más que un músculo fácil de atravesar, mientras que este coriáceo espíritu es semejante al cerebro, su órgano; el uno está rodeado de su dura caja ósea y el otro encerrado en su sistema como en una fortaleza de granito; es necesario que Dios haga obrar, para reducirla, una mina interior y los más potentes explosivos.

El corazón es accesible, sobre todo cuando ha amado. La juventud ardiente está allí para franquearlo. Las ilusiones del afecto en esa época de la vida, vuelven radiantes y rodean el alma de un verdadero sortilegio al cual muy pocos se sustraen. Pero una vez pasada esta embriaguez, la experiencia nos muestra bien pronto la vanidad de estos fantasmas, la fragilidad de estas afecciones humanas que no pueden ser eternas sino á condición de que Dios mismo se encuentre en ellas; no tardaremos en sufrir las traiciones que asaltan al corazón como á una fortaleza abierta y entonces, Señores, presentamos lo que hay de enfermizo en el sér humano y de grado á por fuerza—esa es la ventaja de haber dado algunos pasos en la vida—medimos la vanidad y la nada de todo lo terrestre. Las estrellas, que parecían ser nuestras guías en el camino, se han puesto ya, y nos hemos encontrado la noche, extraviado el camino y preguntándonos qué cosa era esa luz de nuestra vida, desaparecida como todas las cosas desaparecen aquí abajo.

Cuando se ve lo muy poco que pesa en la vida lo que hay en ella de terrestre, bajo el punto de vista del afecto, no se le da ya tan excesiva importancia y entonces, la personalidad que se había ensanchado en un amor humano,

se reduce, se empobrece y se acostumbra al sacrificio de esas vanidades que le servían de estorbo y de exaltación.

En cuanto á los soberbios, hinchados por la vanidad del poder y de las riquezas, estos son bastante quebrantados, cuando un movimiento popular barre los tronos y las autoridades! apenas encuentran á veces un jardín para plantar tranquilamente lechugas.

Cuando los que tienen una superficie de riqueza y opulencia, son arrojados de repente por el torbellino de los negocios bajo el carro que les aplasta ¿quedan vencidos con sus millones ó con sus millares? ¿Qué es lo que han producido esas riquezas!

¿Sentís la Providencia que pasa? ¿La veis sembrando en el viento como un ligero polvo, la fortuna en la cual vuestra personalidad se sublimaba? ¿La veis arruinando esta ambición política, con frecuencia, la más malsana de todas las ambiciones que pueden germinar en el corazón de un hombre, porque está hecha de soberbia y servidumbre?

Se cree ser de otra raza, no se quiere bajar la cabeza, pero la Providencia todo lo dispersa. Todos vuestros sistemas han envejecido, escépticos, panteístas, idealistas, críticos de toda especie; ved á lo que estais reducidos y qué poco valía lo que tanto os cautivaba; la enseñanza de la Providencia ha pasado para facilitaros el sacrificio y libertaros de vuestra nulidad.

Y ahora, ¿qué vais á hacer? Dos caminos se os presentan: el de los que se desesperan y se irritan, de los que se encierran en sí mismos y á los que el mismo Dios no puede reducir; y el camino de los que ven más alto y llaman á un salvador. ¿En cuál de ellos queréis entrar? Yo os lo pregunto y voy á tratar de mostraros cómo puede tomarse aquel que lleva á la salud.

Jesús ha dicho la palabra que contiene el secreto de

creer: Arrepentíos y creed en el Evangelio. El se dirige á la conciencia, porque ésta es la que hace el papel preponderante, necesario, en el acto de fe.

La conciencia se mezcla en todos los actos del hombre, porque ella los domina y dirige así como á todas nuestras facultades. En tanto que el espíritu construye sus sistemas, que el corazón saborea sus afecciones, que la actividad ambiciosa se embriaga de su poder y que la fortuna extiende su imperio, la conciencia queda en la región oculta y profunda donde se libra la gran batalla entre Dios y nosotros; es la conciencia en último análisis la que da la fe ó la rehusa.

Y la palabra de Jesús es eternamente verdadera: "Arrepentíos y creed en el Evangelio." Toda conciencia rebelde que no entre en la vía del arrepentimiento en que el hombre se reconoce pecador y se golpea el pecho, no llegará jamás á creer. La dificultad más invencible que encontramos en nuestro apostolado, no es la inteligencia—quizá así lo creeríais; nó,—no es la pasión absorbente y tiránica, no es la fortuna ó el poder, nó, la dificultad terrible, está allí, en la conciencia cerrada para el arrepentimiento. El hombre que se dice: Yo soy un hombre honrado, yo no tengo nada que reprocharme, me espanta. ¿Quién es aquél que en verdad puede decir: Yo no tengo nada que reprocharme? Cuando esto oigáis, apóstol, pasad, id más lejos; es inútil discutir, no hay lugar para Dios en estos satisfechos, llenos de sí mismos.

Por el contrario, cuando oigáis á un hombre, cualquiera que sea, poco importa la edad, la temperatura, la cultura, la situación humana, un hombre cualquiera que sea, pero tocado por la acción invisible de Dios y la advertencia que vos le haceis, vos, apóstol cuando le oigáis decir: Escuchad, yo no me juzgo mejor de lo que soy, yo soy, como

muchos, un miserable, pero yo me arrepiento; este hombre, os lo aseguro, está á las puertas del reino de Dios; mañana, él estará de rodillas ante el crucificado.

Todas las conciencias arrepentidas están abiertas á Dios, quien toma posesión de ellas por la fe, así como todas las conciencias satisfechas le están irremisiblemente cerradas. Jesús nos ha explicado la razón de ello, cuando ha dicho: "Bienaventurados los pobres de espíritu, de ellos es el reino de Dios." No hay que traducir, Señores, pobres de espíritu, por imbéciles. Los discípulos de Jesús han hecho profesión de humildad y de dulzura, jamás de imbecilidad.

Los pobres de espíritu, son aquellos que se estiman, que se consideran como pobres, despojados de toda riqueza intelectual, moral ó material. Es para estos humildes, para quienes el reino está reservado.

Ahora, existen varias clases de riquezas: la riqueza vulgar, el dinero, los bienes terrestres,—¡oh! esta riqueza es fácil obtenerla por nada y darla por nada, ¡qué polvo vil!—la riqueza del poder que nos eleva sobre los otros, dándonos fuerza y autoridad sobre ellos; la riqueza de la inteligencia, más sólida que toda fortuna y toda autoridad puesto que no es como estos un bien prestado, exterior á nosotros, ella constituye nuestro mismo sér: en fin el tesoro de nuestras afecciones, riqueza de los grandes corazones, más preciosa que todos los bienes terrestres, que toda la gloria del poder y todo el brillo de los dones del espíritu.

Añadid, Señores, á todos estos bienes un bien supremo, la virtud, y tendreis el conocimiento de todo lo que puede constituir la riqueza del hombre.

Ahora, Señores, un pobre de espíritu, tal como Jesús lo entendía y lo quería para discípulo, digno de entrar en su Reino, es aquel que, en espíritu, desdeña la riqueza bajo

todas sus formas; que, en espíritu, ha medido la vanidad de la fortuna y del poder; que, en espíritu, ha comprendido la fragilidad de sus sistemas; que, en espíritu, ha penetrado y sondeado la nada de sus amores.

Aún cuando fueseis capaces de esto, no seríais todavía el héroe moral. Para ser un pobre de espíritu tal como Jesús lo ha querido, es preciso sobre todo haber medido la vanidad y la nada de su propia virtud.

Señores, cuando hayais realizado en vosotros esta admirable y heroica pobreza,—yo os suplico que os fijéis en todo lo que tiene de grandioso esta doctrina moral de Jesús y del Evangelio,—cuando hayais realizado esta última pobreza y no osando levantar los ojos hacia el cielo hayais golpeado vuestro pecho, diciendo: ¡Tened piedad de mí, Señor, yo no soy más que un publicano! Cuando hayais hecho esto, desde luego creereis en Jesús Hijo de Dios.

Y bien yo busco en mi derredor almas semejantes: yo soy póstol, es decir, cazador de almas; encuentro pobres, nó de espíritu, sino de fe; los unos desolados por no tener fortuna, otros, caídos del poder, desolados de haber caído ayer y no aspirando sino á elevarse mañana. Encuentro desolados de afecto, contándome sus penas y enseñándome sus heridas que sangran siempre, jamás cicatrizadas, y no consolándose de haber sido víctimas de traición y de abandono. Encuentro inteligencias desengañadas de su vana sabiduría, pero que se agitan desesperadas, sin mirar hacia la eterna luz.

Señores, en dónde están aquellos cuya conciencia despierta se levanta al fin; en dónde están aquellos que dicen: Os lo confieso, yo no tengo la virtud, la honradez, la santidad, yo no soy en el fondo sino un miserable. Estos son á quienes yo busco, á los que buscamos; son tan escasos

como la perla preciosa; son los predestinados, los únicos dignos de entrar al reino de Dios por medio de la fe.

¡Ah! Señores, es una vía hermosísima la que nos ha abierto el Evangelio. ¿Quereis seguirla y caminar por ella? Os la he revelado, iluminada por la luz de la doctrina de aquel de quien soy discípulo. Os he enseñado como se convierte uno en creyente y puedo aseguraros que si seguís ese camino encontrareis al cabo de él la fe.

No ha habido nadie, hasta la mujer impura, hasta María Magdalena, cuyo nombre me complazco en evocar aquí, en esta iglesia que está bajo su advocación, no ha habido nadie, hasta ella misma, que con el ejemplo no haya confirmado esta gran manera de creer.

¡Oh! María Magdalena, que tu nombre se albergue en el corazón de las mujeres; que penetre en la conciencia de los hombres que me escuchan; tú has sido en la vida del Maestro un ejemplo consolador y sublime; tú has probado que la mujer extraviada—es decir, el corazón trastornado por las pasiones que á veces nos destrozan, y que siempre reducen y oprimen el ánimo—puede renacer, por la fe y la confianza, á la vida de Dios; ¡oh María Magdalena! haz que todos entiendan que el camino de la fe para los descarriados del espíritu, así como para los corazones extraviados, se reduce finalmente á esto: á arrepentirse, y á amarse, á reconocer sus miserias y su nulidad, á la vanidad de todo y de sí mismo y á no ocuparse sino de Dios que da la vida eterna, en una palabra, en renunciar á sí mismo y en sacrificar todo para abrir el alma entregándose á Dios.

He allí la última palabra del Evangelio: que sea también la última palabra de estas conferencias que ha permitido Dios que hayamos seguido juntos.

FIN.

INDICE.



	<u>PAGS.</u>
PROLOGO por el autor.....	VIII
PRIMERA CONFERENCIA.—Estado actual de la creencia en la Divinidad de Jesucristo.....	I
SEGUNDA CONFERENCIA.—La negación contemporánea de la Divinidad de Jesucristo.....	23
TERCERA CONFERENCIA.—Valor de la negación contemporánea de la Divinidad de Jesucristo.....	47
CUARTA CONFERENCIA.—El gran motivo de la credibilidad en la Divinidad de Jesucristo.....	73
QUINTA CONFERENCIA.—Valor del testimonio de Jesús en apoyo de su divinidad.....	97
SEXTA CONFERENCIA.—Dificultades del acto de fe en la Divinidad de Jesucristo.....	121
SEPTIMA CONFERENCIA.—Las siete palabras de Jesús.....	137
OCTAVA CONFERENCIA.—Medios prácticos de creer en la Divinidad de Jesucristo.....	173

